

tender tales cosas.—No, añadió el otro; teneis que aguardar á que os salgan las barbas, señorito.—No tengo pelo de barba, contestó Eduardo irguiéndose cuán alto era, pero á pesar de esto, si contase con la fuerza necesaria, iria yo solo á buscar el jabalí lo mismo de dia que de noche.—Pues ahí teneis á mi camarada y á mí, que ni por un luis iriamos esta noche.—Pero iriais por dos luses, dijo Roland queriendo apurar la materia.—Ni por dos, ni por cuatro, ni por veinte, M. de Montrevel; bueno es ganar veinte luses, pero de qué me servirian despues que tuviese el pescuezo torcido?—El rostro á la espalda, como Pedro Marey, dijo el otro labriego.—Vuestros veinte luses no creo que bastasen para mantener á mi mujer y á mis hijos toda su vida?—Y aun no serian veinte luses, repuso el otro, sino tan solo diez, pues que habria otros diez para mí.—Con que, se ven fantasmas en el pabellon? preguntó Roland.—No digo en el pabellon; en el pabellon no lo sé de cierto, pero en la Cartuja....—En la Cartuja, lo sabes de cierto?—Oh! sí, no me queda la menor duda.—Las has visto?—Yo no; pero no falta quien las ha visto.—Tu compañero? preguntó el jóven oficial volviéndose al otro labrador.—Lo que es ver las fantasmas, no; pero he visto las llamas, y Claudio Philippon ha oido el ruido de las cadenas.—Ah! hay llamas y cadenas? preguntó Roland.—Sí! las llamas yo mismo las he visto.—Y Claudio Philippon ha oido las cadenas.—Muy bien, muy bien, amigos míos, repuso Roland en tono de zumba, con que á ningun

precio quereis ir esta noche?—A ningun precio.—Ni por todo el dinero del mundo.—Iriais mañana?—Oh! M. Luis, antes de que os levanteis, estará aquí vuestro jabalí.—Al levantaros lo vereis ya aquí, contestó el eco.—Bueno! venid á verme pasado mañana.—Corriente, M. Luis, y por qué?—Nada, venid.—Oh! perded cuidado, no faltaremos.—Desde el momento que nos decís *venid*, podeis estar seguro de que no haremos falta, M. Luis.—Pues bien! yo prometo daros algunas noticias, pero noticias ciertas.—Sobre qué?—Sobre los fantasmas.

Amelia dejó escapar un grito ahogado, que fué únicamente oido por madama de Montrevel: despidió Luis á los dos aldeanos, quienes se dirigieron precipitadamente á la puerta, queriendo pasar los dos á un tiempo.

En todo el resto de la noche no se habló mas de la Cartuja, del pabellon, ni de los seres sobrenaturales, espectros, ó fantasmas que en él aparecian.

## IX.

### Placeres de provincia.

Al dar las diez, estaban acostados todos los habitantes de Fuentes-Negras, ó á lo menos se hallaba retirado cada cual á su cuarto.



Dos ó tres veces, durante la velada, se habia acercado Amelia á Roland, como si desease decirle algo, pero otras tantas habia espirado la palabra en sus labios.

Al retirarse del salon, apoyóse en su brazo, y aunque el cuarto de Roland estaba en el piso superior, quiso ella acompañarle hasta la puerta. Abrazóla Roland, deseándola una feliz noche, cerrando luego la puerta so pretexto de que se sentia muy fatigado.

Una vez solo, sin embargo, en lugar de desnudarse, dirigióse Roland á la armería, y escogiendo un par de magníficas pistolas de la fábrica de Versailles, regaladas á su padre por la Convencion, examinólas detenidamente, introduciendo luego la baqueta para ver si estaban cargadas.

Conservábanse las pistolas en muy buen estado.

Dejándolas despues sobre la mesa, abrió con precaucion la puerta del cuarto, mirando en todas direcciones para cerciorarse de que nadie le observaba, y viendo que el corredor y la escalera se hallaban en el mayor silencio y oscuridad, fué á llamar á la puerta de sir John.

—Entrad, dijo el inglés.

Tampoco sir John habia pensado aun en desnudarse.

—Por una señal que me habeis hecho, le dijo, he comprendido teniais algo que decirme, y por esto os estaba aguardando.—Efectivamente, algo tengo que deciros, contestó Roland, sentándose alegremente en un sillón.—Amigo mio, persiguió el inglés, empiezo ya á conocerós, de suerte que cuando

os veo tan alegre, como lo estais desde la salida de aquellos dos patanes, tengo miedo como ellos.—Habeis oido lo que contaban?—Con mucha atencion, pues es un cuento magnífico de fantasmas. Yo tengo un castillo en Inglaterra, en el que aparecian tambien duendes.—Vos los habeis visto, milord?—Sí, cuando niño; por desgracia, desde que soy hombre no han vuelto á aparecer.—Vaya con los fantasmas, dijo festivamente Roland; qué felicidad! he llegado precisamente cuando salen en la Cartuja de Seillon!—Sí, contestó sir John, es una dicha; pero estais cierto de que realmente aparecen?—No! pero pasado mañana habré salido de dudas.—Cómo?—Perdiendo allí la noche de mañana.—Oh! dijo el inglés, supongo no tendreis reparo en que os acompañe?—Mucho lo desearia, milord, pero por desgracia es imposible.—Imposible!—Cómo os digo, querido huésped.—Y por qué?—Estais enterado de las costumbres de los duendes, milord? preguntó gravemente Roland.—No.—Pues bien, yo lo estoy: los duendes no se dejan ver mas que con ciertas condiciones.—Explicaos.—Ahí teneis, por ejemplo, milord, Italia ó España, países de los mas supersticiosos, y sin embargo no se ven en ellos fantasmas, ó á lo mas sucede esto cada diez años, cada veinte, cada siglo.—Y á qué atribuíis esta larga desaparicion de los fantasmas?—A la falta de nieblas, milord.—Ha! ha!—Sin duda: no me negareis que la niebla es la atmósfera de los fantasmas, por esto abundan tanto en Dinamarca, en Escocia, en Inglaterra, países nebulosos; teneis en



ellos el espectro del padre de Hamlet, el de Banquo, las sombras de las víctimas de Ricardo III; en Italia no teneis mas espectro que el de César, y aun dónde se apareció á Bruto? En la Macedonia, en Thracia, es decir, en la Dinamarca de la Grecia, en la Escocia del Oriente, donde la niebla infundió de tal modo la melancolía en el ánimo de Ovidio, que dió el título de *Tristes* á los versos que allí escribió. Porqué Virgilio hace aparecer á Eneas la sombra de Anquises? porque Virgilio era de Mantua. Sabeis lo que es Mántua? Un país de lágrimas, verdadero estanque de ranas, fábrica de reumatismos, atmósfera vaporosa; por consiguiente, un nido de fantasmas.—Proseguid, os estoy escuchando.—Habeis viajado por las márgenes del Rhin?—Sí.—Por Alemania, no es verdad?—Sí.—País de hadas, de duendes y sífides, y por lo mismo de fantasmas (quien puede lo mas, puede lo menos), y todo, á causa tambien de la niebla; pero en Italia, ó en España, dónde diablo quereis que se refugien los fantasmas? Con su cielo sereno y despejado, con su atmósfera pura: si me encontrase en España, ó en Italia, me guardaria muy bien de emprender la aventura que he proyectado para mañana.—Bien, pero todo esto no me explica por qué no quereis que os acompañe, repuso sir John.—Aguardad, os he dicho ya los motivos que tienen los fantasmas para no aparecer en los países que no reúnen ciertas condiciones atmosféricas; dejad que os explique ahora las precauciones que debe tomar quien desee verlos.—Hablad, hablad! dijo sir John; en verdad sois el hombre que oigo con mayor gusto, Roland.

Sentóse tambien sir John en un sillón, dispuesto á escuchar las improvisaciones de aquella imaginacion caprichosa, que bajo tan distintas fases se habia presentado á su vista, en los cinco ó seis dias que le trataba.

Inclinóse Roland como dándole las gracias.

—Pues bien, voy á explicároslo y lo comprendereis fácilmente, milord; tanto he oido hablar de fantasmas durante mi vida, que conozco todas estas supercherías, lo mismo que si yo las hubiese inventado. Por qué se aparecen los fantasmas?—Me lo preguntais á mí? dijo sir John.—Sí, os lo pregunto.—No habiendo estudiado la materia como vos, no sé qué contestaros.—Los fantasmas aparecen, querido lord, para asustar á quienes se presentan.—No hay duda.—Por consiguiente, si no logran infundir miedo á quienes se aparecen, son al contrario estos quienes lo infunden á los fantasmas: testigo M. de Turenna, cuyos fantasmas resultaron ser monederos falsos. Teneis noticia de este hecho?—No.—Os lo contaré otro dia; no involucremos. Por esto, cuando se deciden á presentarse, que es bastante raro, escogen los fantasmas las noches tempestuosas, entre la claridad de los relámpagos, el ruido de los truenos y el silbido de los vientos: esta parece ser la decoracion que necesitan, para poder representar su papel.—Es verdad; todo cuanto decís es completamente exacto.—Aguardad! hay momentos en que el hombre mas animoso siente helársele la sangre en las venas; antes de padecer el aneurisma, esto me habia sucedido mas de cuatro



veces, al ver brillar sobre mi cabeza el rayo de los sables y retumbar en mis oídos el trueno de los cañones. En cambio, desde que se me ha declarado el aneurisma, busco donde brilla el rayo, ó retumba el trueno; pero tengo la ventaja de que los fantasmas lo ignoran, y que antes bien creerán que puedo tener miedo.—Lo cual es imposible, no es verdad? preguntó sir John.—Qué quereis? Cuando en lugar de temer la muerte, se halla uno persuadido, con ó sin motivo, de que debe buscarla, no sé de qué podrá tener miedo; pero es probable, repito, que los fantasmas, sin embargo de que saben muchas cosas, ignoren esta. Lo que sí les consta muy bien es que la impresion del miedo aumenta ó disminuye segun sea la que nos causan los objetos exteriores. Y si no reparad, dónde acostumbran á salir los fantasmas? En sitios oscuros, en cementerios, antiguos claustros, entre ruinas, por lugares subterráneos, á fin de que ese aspecto lúgubre predisponga el espíritu al miedo. De qué se presentan rodeados? De cadenas, llamas, gemidos, suspiros y lastimeros ayes; no hay cuidado de que se dejen ver riendo, ó bailando una contradanza; no, el miedo es un abismo, al cual se descende paso á paso, hasta que oscureciendo el vértigo nuestra vista, os precipitais con los ojos cerrados al fondo del precipicio. Leed sino la relacion de todas las apariciones y vereis que los fantasmas proceden siempre de la misma manera: oscurecese el cielo, retumba el trueno, silba el viento, crujen las ventanas y las puertas, la luz, si hay alguna en el cuarto de á quien quieren

aparecerse, chisporrotea y se apaga, oscuridad completa; entonces, en medio de esta oscuridad, óyense lamentos, gemidos, ruido de cadenas, ábrese en fin la puerta, y aparece la sombra, duende ó lo que sea. A lo menos, todas las apariciones de que tengo yo noticias, sino por haberlas visto, por haberlas leído, han ido acompañadas de tales circunstancias. No os parece lo mismo, sir John?—Enteramente.—Y habeis visto jamás que un fantasma se haya aparecido á dos personas juntas?—En efecto; no lo he leído, ni tengo noticia de ello.—Es muy sencillo, querido lord; dos personas ya no tienen miedo; el miedo es una cosa misteriosa, extraña, independiente de la voluntad, y por esto necesita el aislamiento, las tinieblas, la soledad. Un fantasma no es mas temible que una bala de cañon. Pues bien, creeis que un soldado tiene miedo á una bala de cañon, en medio de sus camaradas, á la luz del dia? No, arrójase sobre la artillería, mata ó es muerto; los fantasmas sin embargo no es esto lo que quieren, y esta es la razon porque nunca se presentan á dos personas juntas. Ahí teneis, milord, lo que me obliga á ir solo á la Cartuja; vuestra presencia privaria de presentarse aun al fantasma mas resuelto. Si nada observo, ó veo alguna cosa que valga la pena, pasado mañana ireis vos; os gusta el pacto?—Aceptado! pero por qué no podria ir yo primero?—Oh! en primer lugar, porque la idea no es vuestra, y no seria justo que renunciase yo al beneficio de autor; y además porque yo soy del país, y conocí en vida á todos



estos buenos frailes, que tendrán por lo mismo menos repugnancia en aparecérsese despues de su muerte; y finalmente, porque conociendo mejor que vos el terreno, si es necesario atacar, ó emprender la retirada, podré hacerlo mas fácilmente. No os parece todo esto muy fundado, querido lord?—Sí, pero yo iré la noche siguiente.—La siguiente, la otra, todas las noches si quereis; para mí reservo únicamente la primera. Ahora, prosiguió Roland levantándose, quedará esto entre los dos, no es verdad? Ni una sola palabra á nadie absolutamente; podrian las fantasmas ser avisadas y obrar en consecuencia. Poca gracia tendria hacernos matar por estos bellacos.—Perded cuidado. Ireis armado, no es esto?—Si supiese que no he de habérmelas mas que con fantasmas, iria con las manos en la faltriquera; mas como me acuerdo de los monederos falsos, de que ahora poco os hablaba, tomaré un par de pistolas.—Quereis las mias?—No, gracias; sin embargo de que son muy buenas, he formado casi la resolucion de no volverme á servir de ellas.

Y luego con una sonrisa que seria imposible calificar:

—Me traen desgracia, añadió Roland. Buenas noches, milord! voy á dormir todo lo posible esta noche, á fin de que no tenga sueño mañana.

Y despues de haber apretado la mano del inglés, salió del cuarto y entró en el suyo.

Una cosa le llamó la atencion al entrar: encontró abierta la puerta, que recordaba muy bien haber dejado cerrada.

Ya dentro del cuarto, explicóselo fácilmente, viendo en él á su hermana.

—Calle! dijo con cierta extrañeza mezclada de inquietud, eres tú, Amelia?—Sí, yo soy, contestó la jóven.

Acercándose luego á su hermano, presentóle la frente, en que imprimió este un beso.

—No irás, díjole Amelia en tono de súplica, no es verdad, hermano mio?—Dónde? preguntó Roland.—A la Cartuja.—Vaya! y quién te ha dicho que quiera ir?—Oh! conociéndote, no es difícil adivinarlo.—Y por qué quieres que no vaya á la Cartuja?—Temo te suceda alguna desgracia.—Bah! crees pues en fantasmas? dijo Roland, fijando en Amelia su mirada.

Bajó Amelia los ojos, mientras Roland sentia temblar entre las suyas la mano de su hermana.

—Veamos, dijo Roland; Amelia, aquella á lo menos que conocí yo en otro tiempo, la hija del general Montrevel, la hermana de Roland, es demasiado inteligente para dar crédito á tan necias vulgaridades: es imposible que tú creas en todos estos cuentos de aparecidos, cadenas, espectros y fantasmas.—Si lo creyese, hermano mio, temeria menos; si existen fantasmas, serán almas despojadas de sus cuerpos, que no podrán por consiguiente salir del sepulcro con los odios de la materia; además de que cómo podria un fantasma odiarte á tí, Roland, que jamás has hecho mal á nadie?—Oh! olvidas los que he muerto en el campo de batalla ó en duelo!



Inclinó Amelia la cabeza.

—A pesar de esto, no temo las fantasmas.—Qué temes pues?

Levantó la jóven hácia Roland sus hermosos ojos, humedecidos por las lágrimas, y arrojándose á los brazos de su hermano:

—No sé, contestó; pero no vayas, Roland!

Con ligera violencia levantó el jóven la cabeza que ocultaba Amelia en su pecho, y con voz tierna y sosegada:

—Tú no crees que sean fantasmas lo que he de encontrar mañana en la Cartuja, no es verdad? la preguntó.—Hermano mio, no vayas á la Cartuja, repitió Amelia en tono de súplica, eludiendo la pregunta.—Es mamá quién te ha encargado que me lo digas, Amelia?—Ob! no, Roland, no; mamá no me ha hablado palabra; yo he adivinado que querias ir.—Pues bien, si quisiera ir, Amelia, dijo Roland con firmeza, no te quede la menor duda de que iria.—Aunque te lo rogase con las manos juntas, hermano mio? repuso Amelia con doloroso acento; aunque te lo suplicase de rodillas?

Y al mismo tiempo cayó arrodillada á los piés de su hermano.

—Oh! mujeres! mujeres! murmuró Roland, incomprensibles criaturas, cuyas palabras son un misterio, cuya boca no descubre jamás los secretos de su corazon; que lloran, ruegan, tiemblan, por qué? Dios lo sabe! y nosotros, hombres... Iré Amelia, porque he resuelto ir, y una vez tomada una re-

solucion, no hay poder en el mundo capaz de apartarme de ella. Abrázame, Amelia, nada temas; voy á comunicarte un secreto.

Levantó Amelia la cabeza, fijando en Roland una mirada llena de curiosidad y de zozobra.

—Desde un año á esta parte, prosiguió el jóven, he podido convencerme de que tengo la desgracia de no poder morir; ya ves, pues, que puedes estar completamente tranquila.

Pronunció Roland estas palabras con acento tan desgarrador, que Amelia, que hasta entonces habia logrado contener sus lágrimas, bajó á su cuarto llorando amargamente.

Despues de haberse asegurado Roland de que su hermana habia cerrado ya la puerta, entornó tambien la suya, murmurando:

—Veremos quién se cansa antes, yo ó el destino.